

MITOS Y LEYENDAS SOBRE EL ACCIDENTE NUCLEAR DE PALOMARES

JOSÉ HERRERA PLAZA



1. Unos instantes antes de chocar los dos aviones, se produjo una súbita descompresión en cabina, probablemente debido a los daños en el fuselaje generados por la manguera y la ruptura de un larguero de la estructura. (Reconstrucción en 3D / Cortesía Pitaco Producciones)

Cualquier evento importante que ha jalonado la Historia se ha visto rodeado de una serie de comentarios transmitidos de boca en boca —ahora también a través de la escritura, medios audiovisuales y telemáticos— que lo han interpretado, narrado, dado a conocer a propios y extraños. En las últimas décadas tenemos algunos ejemplos de ello con la teorías conspirativas en el magnicidio del presidente Kennedy, el suicidio o asesinato de Marilyn Monroe o, para no irnos muy lejos en el tiempo y el espacio, los atentados del 11-M.

En esa especie de cadena, el relato puede transitar con aderezos varios de distorsión y fábula que lo modifican sustancialmente, llegando en algunas

ocasiones a reinventarse a sí mismo. Nace el rumor, espontáneo o interesado; el cuchicheo, con tendencia hacia lo apócrifo, lo heterodoxo. Si se extiende y permanece, da paso al mito y la leyenda, más cerca o lejos de la impostura. Sea como fuere, son una fiel seña de las angustias, temores, filias y fobias, anhelos, creencias y esperanzas colectivas de un cuerpo social en una etapa histórica determinada. De todas ellas toma la impronta que ha de regir su transmutación. Recordar el Romancero Popular como instrumento de conocimiento social donde fue gestado.

En el accidente de Palomares, desde su inicio hasta la recuperación de la última bomba, se generan múltiples rumores. La fábula suple el vacío generado



2. Tras 80 días de búsqueda y un intento fallido, consiguen recuperar la cuarta bomba perdida en el mar. Su reluciente aspecto, por la resistencia a la corrosión de su cubierta de «duraluminio», una aleación de aluminio y acero; el que no estuviese «enroviná» (oxidada), generó muchas y persistentes leyendas alternativas, debido al escepticismo sobre lo que triunfalmente se mostraba al mundo. (National Atomic Musseum)

por el desconcierto del principio, el secretismo oficial o la opacidad informativa. Resulta muy difícil, cuando se habla sobre el suceso o sus secuelas, no escuchar que probablemente estaba implicado otro bombardero y sus bombas; o el guardia civil desaparecido que se contaminó al abrigarse con el paracaídas, cuando se pasó la noche vigilando una de las bombas rotas. ¿Quién no ha escuchado afirmar que Fraga no se bañó en Palomares; que la bomba supuestamente recuperada que mostraron a la prensa era una réplica y que la auténtica está probablemente en el fondo; o la sospecha de dormir en algún lugar del vasto lecho marino los 4.810 barriles de tierra contaminada que fueron evacuados a EE.UU.? El número total de esas historias paralelas es incontable. Sólo algunas de ellas

prevalecen en el tiempo. Más si el hecho en si no es estudiado y conocido, si las lagunas existentes no pueden desaparecer por la inexistencia de fuentes fiables contrastables, si lo comentado no se puede comprobar, ni tampoco refutar.

Resulta paradójico que otros hechos contemporáneos, incluso anteriores, sean objeto de amplios estudios históricos, mientras que lo ocurrido en Palomares y Villaricos siga estando plagado de agujeros negros, falacias, o de verdades a medias. Génesis de mitos y leyendas que han generado y generan innumerables especulaciones en un improvisado trasiego. Reflexionemos cuáles pueden ser algunas de las causas, siempre asociadas a las singulares características del suceso que nos ocupa:

- Accidente militar: sujeto a la jurisdicción militar y a los acuerdos bilaterales entre España y EE. UU. en 1953. En este marco siempre resulta justificado el «no comment», o el de «seguridad nacional», incluso cuando se busca la impunidad, al enmascarar la negligencia, la impericia y otras actitudes injustificadas con las sociedades civiles que los financian y a las que, teóricamente, están a su servicio.



3. Un miembro de la Junta de Energía Nuclear (JEN) coteja con un soldado norteamericano datos de lectura en un contador de radiaciones alfa «PAC 1S», para evitar diferencias en el levantamiento de un mapa radiométrico de la zona. (Cortesía Pitaco Producciones)



4. El vicealmirante Arnold Guest atiende las explicaciones sobre el protocolo de seguridad que se aplicó a la bomba, antes y después de su izado, por parte de un técnico de la *Explosive Ordnance Disposal*. A la izquierda, agachado, el general Wilson. (US Navy)

- En plena Guerra Fría: se vieron implicadas 4 bombas de hidrógeno (MK28RI ó B28) de última generación, con 1,5 megatonas de potencia; 75 veces mayor que las arrojadas sobre Japón. Una de ellas perdida en el mar; las otras tres vistas, tocadas y, en algunos casos, coleccionadas a trozos por un número indeterminado de civiles. Tengamos en cuenta que el poder de disuasión nuclear de los EE. UU. se basaba en la tríada compuesta por los misiles intercontinentales, aún atrasados en aquella época, los misiles mar-tierra transportados por submarinos y el más importante en aquellos tiempos: el «Comando Aéreo Estratégico» (SAC), con 591 superbombarderos B-52 volando día y noche, cargados con las mismas bombas (4.500 uds. B28 hasta 1966), cerca siempre de las fronteras de la URSS.

- La dispersión del combustible nuclear en un medio rural habitado y con cultivos. Ello supuso una complicación añadida por sus implicaciones humanas y de radioecología, que algunos avezados científicos de Los Álamos vieron como una magnífica oportunidad para profundizar en el conocimiento de los actínidos en las personas y el medio ambiente, con la creación del Proyecto Indalo. Según afirma el profesor del CSIC E. Rodríguez Farré, al no depender nunca el segui-

miento radiológico de los organismos de salud pública hasta transcurridos 20 años, no se respetaron algunos derechos básicos de las personas (datos analíticos, historiales clínicos).

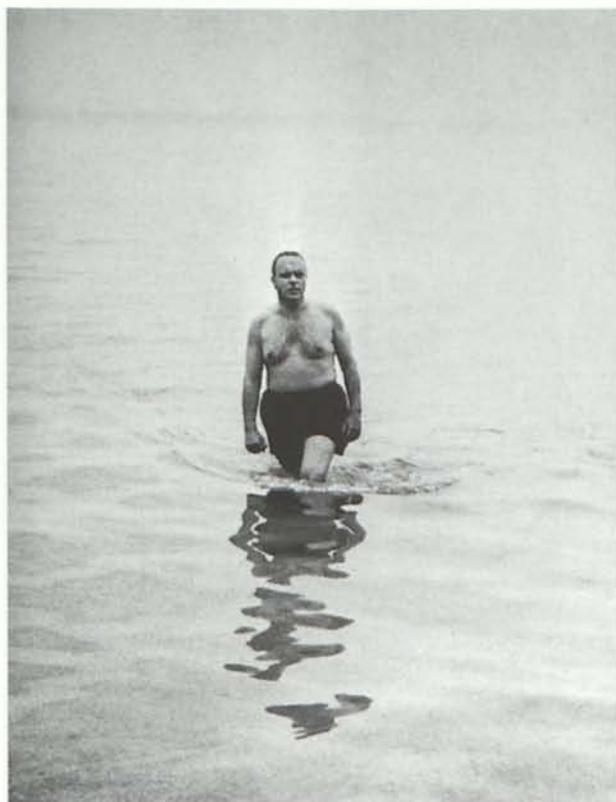
- La dictadura que imperaba en España: con una ley de prensa de guerra, creada en plena contienda, (abril de 1938) y una censura *ad hoc*, que condicionó la fuerte desinformación de los españoles.

- El servilismo de Franco frente a los norteamericanos: desde el primer momento se intenta, como una de las prioridades fundamentales, cuidar las relaciones con el amigo americano. Para el historiador Ángel Viñas, la actitud del Caudillo está marcada porque los acuerdos con los EE. UU. son «*como el barco salvavidas, la boya donde se agarra para no hundirse*».

Repasemos las consecuencias en dos arquetipos y otras causas secundarias, de las múltiples leyendas que se generaron en aquellos días y que, por un motivo u otro, han sobrevivido a lo largo de las décadas.

El accidente

Hubo ocasiones varias donde se dieron las condiciones válidas para el desarrollo de historias paralelas.



5. La prensa nacional tendió a denominar el acto: «El baño de Fraga». Fotos como esta contribuyeron a nutrir ese calculado protagonismo. Ni se zambulló solo, ni la idea fue suya. Se le ocurrió a la mujer del embajador norteamericano, graduada en mercadotecnia. (EFE)

La confusión inicial del accidente era terreno abonado para ello. La primera gran explosión, la combustión simultánea de más de 180.000 litros de combustible, el número de paracaídas que se abrieron total o parcialmente, la gran cantidad de fragmentos, contribuyeron a que se generaran muchas interpretaciones de lo ocurrido, embargados por un extraordinario impacto anímico. Queda pendiente el estudio, por parte de expertos en psicología social, del posible alcance e intensidad del síndrome de estrés postraumático en las dos poblaciones afectadas.

Si cualquiera de las potenciales inexactitudes en los testimonios son reflejadas en reportajes, crónicas periodísticas o libros, entonces el testimonio oral pasa a ser fuente escrita, permanece en el tiempo y genera una cadena, donde los errores se convierten en certezas para posteriores estudios, a base de su reiteración y asunción.

En los primeros momentos hubo confusión con el número de aviones implicados y también con los cadáveres. Los españoles creían que eran ocho los fallecidos, en vez de siete, y así constaba en el docu-

mento de recibo que se le entregó al general Wilson. Algunos testigos creyeron en la posible implicación de tres aeronaves. Rafael Lorente, diplomático que se encontraba en Mojácar, deja constancia en su libro *Las Bombas de Palomares*. A su parecer el tercer avión siniestrado era el otro B-52 que repostaba igualmente. Realmente hubiese sido imposible escamotear a los habitantes del lugar la suerte de otros siete tripulantes, otras cuatro bombas B28 y otras 83 toneladas de restos del avión más grande del mundo en aquella época. En las múltiples entrevistas que hemos realizado a los testigos de Palomares, Villaricos y los pueblos de los alrededores, ninguno ha corroborado tal hipótesis. Tampoco aparece nada al respecto en los informes oficiales que han permanecido 30 años en secreto.

El Baño

Al final el baño de Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, y el embajador de los EE.UU., Duke, es lo que ha pervivido en el tiempo. Es lo único que conocen del suceso la mayoría de las generaciones posteriores. Por ello hemos de reconocer la idoneidad del acto como elemento de desinformación, como cortina de humo sobre otros aspectos más dramáticos que padecía la gente del lugar.

En múltiples entrevistas a los distintos medios de comunicación por parte de los habitantes de Palomares y Villaricos, la mayoría afirma que no se bañó, al menos, en la playa del pueblo. Algunos apuntan a la de Garrucha o Mojácar. Otros afirman que si se bañaron en Palomares, nadie del pueblo los vio.

Realmente podemos afirmar sin duda, pues existe constancia documental, que hubo tres baños en la zona. El primero en Garrucha y los otros dos en la playa de Quitapellejos. Entonces, ¿cómo es posible que un maorí en las islas del Pacífico, o un habitante de Ushuaia en la Tierra del Fuego los viera bañarse en el periódico o los noticiarios de televisión y nadie de Palomares o Villaricos, con la playa al lado, fuese testigo de ello? Esta es una de las significativas paradojas que encierra el suceso por la fortísima desinformación y el respeto que les inspiraba a las administraciones de ambos países, las humildes gentes del lugar. Recordemos que algo parecido sucedió con las bombas que cayeron cerca de sus casas. Cualquier habitante del orbe se enteró mucho antes que esas bombas eran termonucleares. Unos pocos tuvieron que echar mano de los clandestinos boletines de Radio París o *La Pirenaica*. A su vez, transmitie-

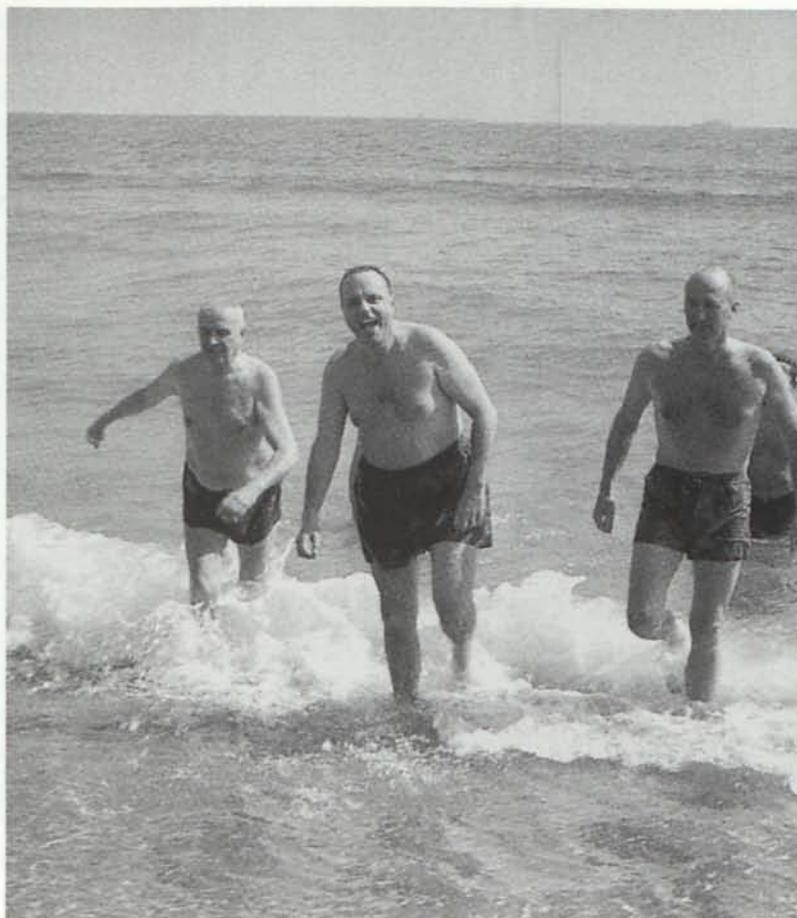
ron oralmente el mensaje como buena- mente pudieron con términos que desconocían: radiactividad, bombas de hidrógeno, etc.

El baño acordado era a las nueve de la mañana del 8 de marzo de 1966. Tras 35 minutos esperando al ministro español, el embajador Duke, con gorro de baño, encabezó el remojón frente al parador de Mojácar, con una nutrida corte familiar, militar, civil y mediática, incluyendo a un camarero del parador, de frac y corbatín, provisto de una bandeja llena de vasos y una botella de coñac, popular remedio para las hipotermias.

Una hora y cuarenta y cinco minutos más tarde de la cita aterrizó un helicóptero del Ministerio del Aire, procedente de la base de San Javier, con Manuel Fraga y Carlos Mendo, director de la Agencia EFE, entre otros. Recorrieron el Campamento Wilson con el embajador norteamericano, vestido éste muy elegantemente. Se deduce que no sacaron a colación el tema del plañtón o del baño; ni excusas ni reproches. A tenor de lo narrado por los periodistas Tad Szulc y Flora Lewis en sus respectivos libros sobre Palomares, Duke se sorprendió cuando vio a Fraga que se metía en la tienda del general Montel para prepararse al baño. Carlos Mendo, que ya se había puesto su bañador, relata: «[...] y apareció como un pincel el embajador Biddle Duke, y le dijo a Fraga: *querido ministro yo ya me he bañado, ahora te toca a ti. Dijo Fraga: ¿pero dónde te has bañado?. Se había bañado en Mojácar, y dijo: no, no, no, hemos quedado en bañarnos en Palomares y tú te vas a bañar en Palomares*».

El embajador corrió apresuradamente en busca de un bañador. Lo encontró en la tienda de las fuerzas especiales norteamericanas, la «Explosive Ordinance Disposal» (EOD). Lo llevaba puesto un buceador de Nueva York. Cuarenta años después, entre risas y bromas, aún es recordado por dos de sus compañeros el infortunio del embajador, al haberle tocado de los 19 hombres rana de la dotación, el más descuidado en su higiene personal.

Se metieron en el agua primeramente Fraga y los periodistas Carlos Sentís, Francisco Abascal y



6. Salida de los principales del segundo baño en la playa de Quitapellejos, frente a Palomares. El jefe de la Región Aérea del Estrecho, Antonio Llop Lamarca, Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, y el embajador de EE.UU., Angier Biddle Duke, sonríen a las cámaras a pesar de la gelidez del agua. (EFE)

Mendo; posteriormente entró Duke. Fraga se permitió el lujo de dar unas brazadas, lo justo para hacerse las fotos. Cuando salían todos sonrientes hacia las toallas, apareció el anciano jefe de la Región Aérea del Estrecho, teniente general Antonio Llop Lamarca. El protocolo obligó a regresar a las aguas a los cinco para hacerse la foto con el general; en total siete minutos duró la escena. Parece ser que la salubridad de las aguas no fue, para los participantes del baño, cuestionada por la radiactividad, sino por su temperatura. Con su habitual sorna Carlos Mendo apunta: «[...] lo cierto es que a los seis meses el militar murió. No quiero achacar a las gélidas aguas del Mediterráneo la causa del óbito, pero esa fue la realidad».

Hubo tres baños, uno frente al Parador de Mojácar y dos en el Campamento Wilson, en la playa de Quitapellejos. El nutrido grupo de prensa y televisión grabó y fotografió los tres. De ahí la confusión en las



7. Reunión de los habitantes afectados por el accidente en el cine de Palomares con los responsables de EE.UU y España. (Cortesía M. González)

distintas imágenes. Si nadie del pueblo lo vio fue porque la entrada al Campamento estaba siempre restringida y porque esa maniobra estaba dirigida al resto del mundo. En cualquier caso, fue contemplada por dos naturales de Palomares: el alcalde pedáneo José Manuel González y su hijo, que lo acompañaba a la reunión con las autoridades en la tienda del general Wilson.

Estos son sólo dos ejemplos de las múltiples leyendas creadas alrededor del suceso. Muchas de las interrogantes y dudas se van despejando, lo que priva de sustento estas leyendas y las ubica «*allí, donde habite el olvido*». Queda para posteriores estudios los inabarcables mitos generados con algo tan desconocido y secreto como la contaminación radiactiva, el principal eje dramático en las secuelas del accidente. Inagotable fuente de perjuicios económicos, morales y psicológicos sufridos por los habitantes de la zona, en la que no han estado ausentes la irresponsabilidad de algunos medios de comunicación sensacionalistas y las oscilantes negligencias de las distintas administraciones de ambos países.

FUENTES CONSULTADAS:

Bibliografía:

- LEWIS, Flora: *Palomares: se ha perdido una bomba*. - Barcelona: Editorial Juventud, 1967.
- LORENTE, Rafael: *Las bombas de Palomares. Ayer y hoy*. - Madrid: Ediciones Libertarias, 1985.
- SZULC, Tad: *Las bombas de Palomares*. - Barcelona: Editorial Seix Barral, 1968.

Prensa:

- «El ministro de Información y el embajador norteamericano se bañaron en Palomares». *Ideal* [Almería], 9 de marzo de 1966, pp. 1-5.
- «Los ministros de Información y Turismo y del Aire, en nuestra provincia». *La Voz De Almería*, 9 de marzo de 1966, pp. 1-7.

Documentos oficiales:

- FIELD COMMAND PROJECT OFFICERS (1975): *Palomares Summary Report*. Kirtland AFB. Documento inédito. Albuquerque NM, EE.UU.
- US AIR FORCE (1966): *B-52G/KC-135A Aircraft Mishap Report 17 Jan 1966*. Documento inédito. Kirtland AFB, Albuquerque NM, EE.UU.



8. Junto a su intérprete, el general Wilson informa de lo sucedido a los habitantes de Palomares y Villaricos. Detrás, a la derecha y de uniforme, el general Arturo Montel; el doctor Emilio Iranzo, encargado por la Junta de Energía Nuclear de supervisar la descontaminación y el «Proyecto Indalo»; José Manuel González, alcalde pedáneo de Palomares. (Cortesía M. González)

Audiovisual - Entrevistas:

- GONZÁLEZ, Manuel. [Videocassette]. Pitaco Producciones. Palomares [Cuevas del Almanzora, Almería], 24/07/2004. Betacam Digital.
- JEFFORDS, Edward. [Cassette]. Pitaco Producciones. Lake Whale [Florida], 13/10/2003.

- MENDO, Carlos. [Videocassette]. Pitaco Producciones. Soto del Real [Madrid], 22/03/2006. Betacam Digital.
- MOODY, Dewit. [Videocassette]. Pitaco Producciones. Orlando [Florida], 14/10/2003. DVCam.
- VIÑAS, Ángel. [Videocassette]. Pitaco Producciones. Madrid, 23/10/04. Betacam Digital.

